



Ricard Huerta, *Paternidades creativas*, Barcelona, Editorial Graó, Colección Micro-Macro Referencias nº 40, 1ª edición de diciembre de 2013, 160 páginas.

Este libro es un ensayo sobre innovación educativa. El autor es precisamente director del Instituto de Creatividad e Innovaciones Educativas de la Universidad de Valencia y profesor en su Facultad de Magisterio. Es un educador de educadores que traslada su atención de las escuelas e institutos para los que prepara a su alumnado como futuros docentes, hasta otro espacio educativo que muchos se resisten a reconocer y que es el de sus propios

grupos domésticos, los hogares, las casas, las familias, especialmente, las nuevas formas de familia del siglo XXI que alteran con fuerza el modelo tradicional. Es un alegato implícito por la educación como proceso en el que todos y todas estamos implicados. Que por el hecho de llevar a nuestros hijos a la escuela o al instituto cuando son menores de edad no abdicamos de esa función social de primer orden en el hogar o desde fuera del hogar si nuestros hijos viven en otra casa. Basta ya de esos padres que dicen que pagan para que los profesores eduquen a sus hijos sin que ellos asuman ni ápice de responsabilidad alguna en su comportamiento. Por eso gusta mucho que las paternidades en este libro se presenten como ámbitos básicos de educación y aspiren a ser creativas en tanto en cuanto buscan innovar, cambiar, adaptarse a la historia inmediata huyendo del error tan común de que aquello que sirvió a nuestros padres para educarnos nos servirá ahora a nosotros para educar a nuestros hijos, como si la vida permaneciese inmóvil e inalterable generación tras generación, década tras década, o hasta siglo tras siglo para algunos.

Paternidades creativas enlaza perfectamente con otros libros y trabajos anteriores de Ricard Huerta que giran entorno a la práctica docente y la formación de educadores como por ejemplo *Maestros y Museos. Educar desde la invisibilidad* (2010) o ese otro más reciente titulado *Mujeres Maestras. Identidades docentes en Iberoamérica* (2012). Pero hay todavía una conexión más profunda. También en este libro se plantea una reivindicación como en aquellos. Se trata de iluminar a un colectivo invisibilizado, el de los padres separados o divorciados que son responsables con su paternidad y que contribuyen de manera consciente como pueden o les dejan a la educación

de sus hijos. Ellos representan un tipo de padre cada vez más común que revuelve la imagen del padre de familia tradicional cuyo modelo de actuación ha sido dominante en la historia. Sin olvidarnos nunca de que hay presencias constantes que por muy padres de familia que sean son ausencias latentes en las vidas de sus hijos e hijas.

¿Cuál es el método de análisis que utiliza el autor para abordar este tema? Él mismo habla de *Paternidades creativas* como una ficción relatada o un recopilatorio de aconteceres novelados, que sin embargo dice que no son textos literarios sino fragmentos de historias reales de vida contadas por diversos hombres entrevistados. También aquí la metodología aplicada se enmarca en aquello a lo que nos tiene acostumbrados Ricard Huerta en sus otros libros, es decir, historias de vida de colectivos invisibilizados como son las maestras o ahora los padres separados. Es un estilo de investigación cuya mejor expresión es sin duda la biografía o historia de vida más amplia que ha hecho sobre su propio maestro, *Romà de la Calle, l'impuls estètic en art i educació* (2012). En ese sentido, con esa estrategia de la ficción relatada y los aconteceres novelados el autor apuesta por una técnica narrativa muy bien ejecutada que abduce al lector desde la primera página hasta la última, y que quita hierro y fuego a algunos de los relatos verídicos de estas mil y una noches de padres separados afectados por circunstancias a veces cómicas, a veces escabrosas. Pero eso no quiere decir ni que sea mentira lo que cuentan los entrevistados ni que este ensayo sobre innovación educativa sea una novela pedagógica. Porque tampoco es lo mismo un estudio histórico que una narrativa histórica, los libros de historia que las novelas históricas, realidad que ficción.

2

Pero el autor además de educador de educadores es sobre todo padre, padre que siente un inmenso amor hacia sus hijos como queda claro al lector. Por ello puede decirse que este libro tiene el valor añadido de ser una herencia inmaterial, un legado simbólico, un patrimonio emotivo que quiere dejarles a Martí y Sara porque piensa que también les pertenece a ellos, al entender que la paternidad corresponde a un patrimonio sentimental y de resonancias personales que se delimita en función de los lazos creados a lo largo de los años. Y los que conocemos bien a Ricard Huerta sabemos que los vínculos con sus hijos son excepcionalmente profundos y maravillosos, lo que dice todo de él como persona.

El libro se estructura en doce capítulos que como en anteriores obras del autor uno puede leer por el orden que prefiera puesto que tienen vida autónoma, aunque todos contribuyen con su granito de arena a una batería general de propuestas para que los padres del siglo XXI intentemos ser educadores creativos e innovadores con ese alumnado particular que tenemos, a saber, nuestros propios hijos o hijastros o los jóvenes agregados del cualquier origen

que tengan en el entorno inmediato. De esa docena de capítulos yo distinguiría tres grupos de contenidos. En primer lugar, hay seis capítulos –la mitad del libro– que redundan con argumentos diversos en la idea central del libro de que la familia moderna tan plural y diversa como ahora es impone nuevas maneras de ser padre, nuevas prácticas educativas domésticas o extradomésticas. Son los capítulos 1 (Nuevas paternidades), 2 (Crecer junto a los hijos), 3 (Conceptos de familia y padre), 8 (Compartir la custodia), 9 (Pareja y padres) y 11 (Patrimonio pater). En segundo lugar, observo otros cuatro capítulos que subrayan escenarios que ponen al límite el contexto ideal para ser padre, a saber, los números 4 (La paciencia), 5 (La amistad), 10 (Las no paternidades) y 12 (La muerte del padre). Lo de las no paternidades ilustra casos en que los padres se convierten en la antítesis del amor y de la responsabilidad y en qué medida se pueden mitigar esas situaciones tan complejas. Lo de la amistad tiene que ver con la importancia que para un padre separado tiene su círculo de amigos, expresión de su capacidad de sociabilidad, porque un padre aislado del mundo es negativo para sus hijos. Por último, en tercer lugar hay dos capítulos en que Ricard Huerta pone la guinda en este pastel al verter su rico bagaje como profesor de educación artística. Me refiero a los capítulos 6 (Padres de película) y 7 (Arte y mitologías sobre el padre). Con todo, las referencias a títulos de películas, novelas y artistas pululan por doquier no sólo en este par de capítulos. Es un libro muy erudito escrito por una persona apasionada del arte, la literatura, el cine o la música que inyecta al lector esa pasión de forma constante. A veces parece que estemos leyendo una crítica cinematográfica o una reseña literaria, consolidando así muchísimo la fuerza pluricultural del discurso.

En conclusión, ¿cuál es el ideal de padre que nos propone Ricard Huerta? Pues el de un educador creativo, responsable y consciente como individuo de su función docente de orden público que es de primera magnitud en la sociedad. Un padre espontáneo que sobre todo sea cariñoso y comprensivo, que no espere nada a cambio de lo que hace, que sea lo más cercano posible a sus hijos. Que no falsee ni mienta ante ellos y que se muestre tal cual es en su profundidad de ser. Y si vive o está alejado de sus hijos por razones de separación que procure mantener vivo el contacto buscando en la medida de lo posible escenas de proximidad. Como sucede con esas personas que no ves a veces durante cierto tiempo pero que sabes que siempre están ahí y que cuando las vuelves a ver parece que fuese ayer porque su cercanía en la lejanía es inmensa gracias a los lazos afectivos creados. Es por esa vía por la que cabe transmitir seguridad, la de sentirse queridos a pesar de la distancia y del poco tiempo compartido. En conjunto, se trata de apostar por una conducta más lúdica que exigente, más voluntariosa que distante. Para ello hay que mantener muchísima paciencia y tranquilidad porque de lo contrario se complican las relaciones. Se ha de escuchar mucho y dialogar

bastante. Poner retos y metas sobre la mesa para avanzar, sin dejarse lastrar por el pasado y la rutina.

Para todo eso es también muy importante cultivar un círculo de amistades a quienes confiar inquietudes y preocupaciones para comparar actitudes, comportamientos y decisiones. El padre aislado de la sociedad no es competente socialmente hablando. Necesitamos menos padres héroes de película y más padres humanos y afectuosos que trabajen día a día la relación con los hijos. Si los padres quieren funcionar bien como educadores deben ser coherentes entre lo que dicen y lo que hacen. Apostar más por la cultura y las relaciones humanizantes que por el dinero y el consumismo a ultranza que sólo conducen al materialismo vulgar y a la frustración infinita. Los cines y los museos pueden ser espacios estimulantes para ubicar las relaciones entre padres e hijos más que los centros comerciales abiertos las 24 horas del día. Y desde luego si aprendemos a querernos a nosotros mismos transmitiremos más amor y confianza a nuestros hijos. Como dice Ricard Huerta, la honestidad, el cariño, la solidaridad o la cooperación deben ser las palancas que muevan el mundo en el siglo XXI. Y es que, en efecto, muchas veces son las pequeñas cosas las que construyen los vínculos humanos más potentes. Hay que enseñar a vivir y a dejar vivir. Ahora bien, sólo sabremos si hemos cumplido nuestro objetivo si nuestros hijos nos reconocen esas cosas, si nos conceden autoridad moral en sus vidas. Porque ese tipo de autoridad no es algo que venga implícito en el hecho de ser padre como tampoco en el hecho de ser profesor. Para que realmente exista te la tienen que reconocer tus hijos o tu alumnado. Por eso este libro *Paternidades creativas* pone a examen a los padres en su faceta como educadores pero a conciencia de que quienes examinan y ponen nota son los hijos. Habrá que saber lo que opinan al respecto.

Germán Navarro Espinach
Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Zaragoza